

ballero. A la sombra de un beneficio, trae usted á esta casa la turbacion, la mentira, las lágrimas, y quién sabe si mas tarde... el crimen! Pretendia usted arrastrar hasta la deshonra á la mujer del que le llamaba su bienhechor! Tendia usted una mano al marido para prestarle apoyo, y con la otra empujaba á su mujer hácia un precipicio donde se deja algo mas que la vida... el honor!

— Mi respetable amigo — exclamó Enrique — juro á usted que...

— ¡Silencio! — repuso con imperio el dueño de la casa — no he concluido. No es ese por cierto el modo de hacerse digno de la mas sublime mision del hombre, de la mas bella que puede ejercer en el mundo, la de socorrer á sus semejantes. Para que sea generosa la mano, es preciso que sea grande y puro el corazon. Señor de Bellaflor, no es usted bastante noble para dar.

Y en ademan de soberano desprecio, alargó el banquero una cartera al marquesito diciéndole:

— Recoja usted sus billetes.

Matilde dejó escapar un sollozo desgarrador.

El marquesito rehusó la cartera que el banquero le entregaba.

— Recoja usted sus billetes, caballero, — añadió el anciano con energía. — No necesito ya de ellos.... se me ha proporcionado otro medio de atender á mis compromisos.

— Señor del Valle.... — repuso Enrique aproximándose al banquero.

El respetable anciano le detuvo con una sola mirada, é insistiendo en presentarle la cartera, añadió:

— Repito á usted que para nada necesito yo sus riquezas.

Y arrojó la cartera á los piés del marquesito.

— ¡Caballero! — exclamó Enrique sumamente conmovido — antes de castigarme tan cruelmente, antes de retirarme su estima-

### CAPITULO XXIII.

#### LA VÍCTIMA DE SU HONRA.

Jamás el noble semblante del banquero habíase ostentado tan imponente.

Jamás la dignidad de aquella magestuosa cabeza habia sido tan visible como en aquel crítico momento en que el venerable anciano paseaba su mirada imperiosa de Matilde á Enrique y de Enrique á Matilde.

Los dos jóvenes, respetuosos é inmóviles, no se atrevían á romper aquel silencio solemne.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho, y la vista fija en la tierra, aguardaban trémulos el fallo del juez que se habia colocado entre ellos, y les dominaba con toda la superioridad de su leal conciencia.

— Señor de Bellaflor — dijo el banquero en tono grave y pausado — señor de Bellaflor, lo que usted hace no es propio de un ca-

cion, permítame usted explicar algunas palabras verdaderamente culpables; pero que usted interpreta seguramente muy mal. Permítame usted...

—Nada quiero oír—interrumpió el banquero con un tono de autoridad que imponía respeto y obediencia.—Ni una palabra más sobre este asunto; pero antes de separarnos, yo soy el que tiene aquí que hablar... el que ha de pronunciar algunas palabras que dejaré á usted por despedida. Apenas hace seis años... habitaba yo otra casa... era el año 1848; cuando un gobierno sanguinario deramaba el luto y la consternación por todo Madrid, oí una noche llamar á la puerta de mi casa. Abrí, y un hombre azorado, embozado en su capa, se arrojó á mis brazos diciendo: «¡Sálveme usted!... Me persiguen... el patíbulo me aguarda.» Este hombre, enteramente desconocido para mí, se me presentaba con otro compañero á quien tampoco yo conocía. Este último se llamaba Godínez... era padre de la marquesa de Bellaflor.... el otro era el mismo marqués de Bellaflor... su padre de usted. Diles hospitalidad en mi casa..... proporcioné un pasaporte á su padre de usted para librarse del furor de sus perseguidores, y habiendo caído en las garras de la policía el señor de Godínez.... iba á ser fusilado.... estaba ya en capilla..... y logré salvarle. Esta acción me daba derecho á implorar en mi desgracia la generosidad de su hija. Por eso escribí á su madre de usted... por eso le dije que si no me tendía una mano generosa iba á perecer como hubieran perecido su padre y su marido. Tenía orgullo en reclamar este servicio.

—Y yo le tengo en prestarlo al más virtuoso de los hombres—dijo Enrique llorando.

El banquero volvió su rostro pálido hacia el joven, y con acento tranquilo añadió:

—Recibí el préstamo del hijo con verdadero júbilo. Le ofrecí hospitalidad en mi casa, le dí más aun, el afecto de un viejo amigo de su padre... Medio día se ha deslizado apenas, y le he devuelto la suma que me ha prestado. Recoja usted esos billetes, señor de Bellaflor, y salga usted de esta casa. Estamos en paz.

—¿Tendrá usted la crueldad de rechazar lo que había admitido esta mañana?—dijo entre sollozos el marquesito.

—Nada necesito.

—No soy yo—dijo Enrique arrodillándose á los pies del banquero—es mi madre quien dá á usted este socorro... es mi padre que paga á usted una deuda de gratitud.

—Señor don Enrique—replicó el anciano con orgullo—no quiero socorros de nadie... ni los necesito.

El semblante del banquero destelló en este solemne instante una expresión de gravedad tan severa, que Enrique no se atrevió á insistir, y bajando la frente recogió la cartera y miró respetuosamente al honrado viejo.

Este le dijo con dignidad:

—¡A Dios, señor de Bellaflor!...

Y con el brazo tendido le señaló con el dedo la puerta de la sala. El marquesito hizo un movimiento de acerba desesperación.

—Volveré... le salvaré á pesar suyo—murmuró, y se fué precipitadamente.

Entonces el banquero volvió los ojos hacia su joven esposa.

La infeliz, oprimida bajo el peso de su dolor, yacía pálida y llorosa en una silla, como si estuviera próxima á perder el sentido.

El banquero se le aproximó, y ella cayó arrodillada á sus pies anegada en un mar de lágrimas.

El anciano la levantó, la recibió en sus brazos, y sin hablar

durante algunos instantes, con la palma de su diestra puesta en la megilla de la desventurada, dejó que llorase estrechando su cabeza contra el corazón. En aquel momento, solo en aquel momento se alteró la calma del pobre viejo.

La espresion del dolor asomó de un modo horrible á sus facciones, y mientras con la mano derecha estrechaba la cabeza de su esposa, pasóse con la izquierda el pañuelo para enjugar el copioso y glacial sudor que manaba de su calva magestuosa.

—Matilde—dijo en fin con inefable dulzura— ¡me has engañado! ¿Y por qué, hija mia? ¿No sabes, niña, que jamás tendrás á tu lado un corazón mas lleno de indulgencia y de afecto que el mio? ¡Pobre Matilde! Tu destino ha sido marcado mas bien por el infortunio que por la culpa. ¡Cuánto has padecido hoy! ¿Por qué no has abierto tu corazón al amigo que solo te preguntaba por un nombre? Este amigo te hubiera hablado como habla un padre á su hija.

— ¡Perdon! ¡perdon! — balbuceó la joven esposa. — Solo Dios es tan bueno como usted, señor. Mañana lo hubiera dicho todo.

— ¡Señor! ¿Por qué me hablas así? ¿Por qué me niegas tu confianza? Yo no te culpo, no te reprendo nada, hija mia, ni tengo motivos de queja. Soy un triste anciano... tú eres joven, linda, empieza tu existencia cuando la mia acaba... Seria una locura de mi parte ambicionar tu amor. El corazón de este pobre anciano se contentaba con tu gratitud. Por eso quise protegerte, salvarte de la orfandad, de la indigencia, dejarte el fruto de una larga vida de afanes, hacerte feliz, y yo consolar mis últimos dias con el placer de verte á mi lado, y amarte..... no podia merecer otra cosa, verte y amarte...

—No me hables así, esposo mio... — exclamó Matilde besando

las manos del generoso viejo.—Nadie merece tanto amor como tú.... Por eso quiero que vivas.... que no me abandones.... ¿Qué seria de esta pobre huérfana sin su protector? ¡Estoy tan inquieta!... ¡tengo un miedo!

—¿De qué?

—¿Es cierto que tienes capitales para atender á tus compromisos?

—Sí, Matilde.

—¿Quién te los ha prestado?

—Un amigo.

—¿No me engañas?

—¿He mentado alguna vez?

—Nunca, es verdad; pero...

—Tranquilízate, hija mia; Dios te mirará con misericordia y te hará feliz.

— ¡Oh! sí, lo seré á tu lado. Ya nada turbará nuestro sosiego. Hoy he conocido lo que mereces, y mi gratitud..... mi amor no tendrá límites. ¿Me perdonas?

—Sí, hija mia—dijo el anciano besando la frente de su esposa—y Dios te perdonará tambien. Ahora que estás tranquila, permíteme ir á concluir el arreglo de mis papeles. Acuéstate y duerme feliz.

—No quisiera separarme de tí.

—Necesitas descanso, Matilde.

—Necesito estar á tu lado... Siempre, siempre á tu lado.

—Esta noche no puede ser. ¡A Dios, Matilde!

El banquero abrazó á su esposa, y se retiró precipitadamente.

Matilde quiso seguirle, y al llegar á la puerta, cerróse esta, y se oyó el ruido de un cerrojo.

Matilde se arrodilló allí mismo, y elevando las manos al cielo y derramando torrentes de lágrimas, permaneció largo rato orando.

Todo era oscuridad y silencio.

Todos dormían menos el banquero y su esposa.

Levantóse Matilde, enjugóse los ojos, y nuevas lágrimas volvieron á surcar por sus cadavéricas mégillas.

Pensaba en su esposo, en las tiernas palabras que la había dirigido, en su indulgencia sublime, en los nobles sentimientos de que había hecho alarde durante aquel día fatal.

Matilde estaba llena de asombro.

Si el amor en el corazón de una mujer, puede ser victoriosamente vencido, es por la emoción que le hace levantar los ojos para mirar más alto y escita en ella la admiración que conmueve su alma y la inspira sentimientos de nobleza y de virtud. En este momento aceptaba Matilde con orgullo su destino de resignación, de abnegación de sí misma; aceptaba los sacrificios.

Ya no era la dicha lo que le parecía el supremo bien; era la virtud, la estimación justamente merecida; estaba en uno de esos momentos de entusiasmo por la benevolencia, de que son susceptibles los corazones puros.

—Sí, sí, mi noble esposo — exclamó en un instante de amorosa exaltación — vuelvo á tí para siempre. No más ni un solo pensamiento culpable de locas esperanzas y desgarradoras angustias. Yo te consagro la vida, la vida entera, esta vida que tú has salvado. Si como tú dices, prosperan de nuevo tus negocios, viviré á tu lado tranquila y dichosa. Si la fortuna te niega sus favores, procuraré hacerte llevaderas tus desgracias á fuerza de afanes. Cuidaré de tu vejez, te ahorraré mil fatigas, mil penalidades; y mis afectuosos cuidados te harán olvidar nuestra pobreza. ¿Por-

qué te has separado de mí esta noche? Quiero vivir siempre á tu lado... No te he dicho aun todo lo que siente mi gratitud...

En este momento retembló toda la casa á impulsos de una detonación de arma de fuego.

Matilde quedóse inmóvil, estupefacta, trémula toda ella.

No se atrevía á respirar... no se atrevía á mirar á ninguna parte.

Hubiera querido gritar, y le faltaba la voz.

Hubiera querido huir, y las fuerzas la habían abandonado.

No lloraba, y jamás había sufrido tan cruel tortura.

Por último, le parece que oye pisadas en torno suyo... cree que la llaman... que las puertas se abren... que la casa se llena de gente... que todos murmuran horrorizados las palabras: *muerte!* *suicidio!*...

Le presentan una carta... una carta dirigida á ella...

Reconoce la letra... era de su marido... ¡y no la abre! la guarda en sus manos abismada en febril estupor.

Todos gritan que lea aquel papel...

Le abre maquinalmente y aumentan el general estupor las siguientes líneas:

«¡A Dios, Matilde! yo te he engañado también.

No tengo la cantidad necesaria para evitar mi ruina; mañana habrá quebrado mi casa de comercio.

No me siento con fuerzas para sobrevivir á mi deshonor.

¡A Dios! perdóname en este instante supremo, como perdono yo á cuantos me han hecho algun mal.

Tu vida empieza ahora cuando la mía acaba; desde las lágrimas que derramarás por este pobre viejo, Dios quiera que sea dichoso tu porvenir.

Yo te estrecho en mi corazón y te bendigo, hija mía.

Si... hija mía, es el nombre que espresa mejor el inmenso afecto que te he profesado siempre, y es el último que quiero pronunciar como el único consuelo en este instante de tu desventurado esposo—FERMIN DEL VALLE.»

Matilde lanzó un chillido agudo; la carta se le cayó de las manos.

—¡Madre mía!.... ¡madre mía!—esclamó con desesperación—sin duda no me has perdonado!

El día siguiente la casa de don don Fermin del Valle no quebró. El marquesito de Bellaflor había entregado al cajero del comerciante, en billetes y oro, una cantidad mucho mayor que la que se necesitaba para atender á todas las obligaciones.

Pocos días después, hizo la viuda donación de cuanto poseía á las casas de Beneficencia, y entró en una santa reclusion.

En todos los círculos de Madrid, y particularmente en la bolsa, el día siguiente al de la muerte del banquero, hablaban los curiosos con admiración del desastroso fin de aquel anciano.

A todos les parecía imposible que se hubiese suicidado un viejo respetable por sus virtudes, exento de pasiones por su edad, sin enemigos, con una esposa joven y linda que le adoraba, y sus negocios en un estado floreciente, según lo bien provista que estaba la caja de su despacho.

¡Cuántas veces engañan las apariencias!

¡Cuántas veces envidia el que vive feliz en humilde condición á los que vé rodeados de fausto y de riquezas, porque se figura que aun son mas dichosos que él, y sin embargo gimen bajo el peso de la adversidad!

¡Cuán acerba no sería la desventura de don Fermin del Valle, cuando le impelió á cometer un crimen!

Y con todo, este crimen, con toda su enormidad, era hijo de la virtud.

Don Fermin no apeló al suicidio estimulado por los celos; se suicidó porque ya no podía recibir favores del hombre á quien juzgaba su rival.

Le había devuelto el dinero, y no pudiendo sobrevivir al escándalo de su quiebra, prefirió matarse.

Frisaba con la edad en que los hombre no suelen matarse por una mujer infiel; pero sí por la pérdida de su reputación y de su fortuna.

¿Qué será ahora de Enrique?

¿Qué será ahora de la pobre reclusa?

No tardará el lector en saberlo.

Entretanto reanudemos la marcha de los sucesos políticos.

